



Orientaciones de la Iglesia a los que trabajan en el campo de la salud y de la higiene

Discurso de Juan Pablo II a la I Conferencia Internacional del Vaticano
sobre “*El fármaco al servicio de la vida humana*” (1986)

Servicio al hombre

1. Con alegría os saludo a todos, participantes en esta Conferencia internacional, que testimonia una vez más la importancia que la Iglesia da al servicio de los enfermos, de los que sufren, y a todos los que trabajan en el vasto campo—delicado y complejo—de la salud y de la higiene. Es un campo de apostolado que forma parte integrante de la misión de la Iglesia.

Esta Conferencia es muy representativa de la actividad de la Pontificia Comisión para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, y estoy contento de aprovechar esta ocasión para felicitar y dar las gracias a su Presidente, cardenal Eduardo Pironio, a su Pro-Presidente, monseñor Fiorenzo Angelini, y a sus colaboradores. En un mundo en el que la concepción misma de los servicios sociosanitarios evoluciona considerablemente y en el que se aprecia que tienen implicaciones cada vez más complejas, se había hecho indispensable coordinar y promover la presencia de la Iglesia. Esta Conferencia es la prueba de ello, así como también las demás iniciativas que han sido tomadas o están en curso de realización, entre las que quiero mencionar el vasto censo de todas las estructuras sanitarias de la Iglesia; así tomamos más conciencia de la extensión y de las ramificaciones capilares de esta presencia y de este servicio en favor de la persona humana sometida a la prueba particular de la enfermedad sico-física.

Aprovechar los progresos de la medicina

2. La elección del tema central de esta Conferencia me parece también muy apropiada. Las medicinas son, en efecto, el medio por el que el médico puede no sólo

cuidar, sino también prevenir ciertas enfermedades. Muchas de las enfermedades que en el pasado diezaban las poblaciones, hoy han desaparecido en gran parte. Otras pueden ser cuidadas mucho más eficazmente. Los niños están marcados con menos frecuencia con las terribles deformaciones de la poliomielitis y del raquitismo. La cirugía, gracias a una farmacología cada vez mejor adaptada, ha podido conocer progresos extraordinarios. La duración media de la vida ha crecido notablemente: todo esto lo debemos sobre todo a los sueros, a las vacunas y a tantos otros medicamentos, hoy a nuestra disposición. Al menos así es en los países desarrollados.

Someter la elaboración, distribución y uso de los fármacos a un código moral riguroso

3. Sin embargo, si es verdad que los medicamentos han aportado inmensos beneficios a la humanidad, han planteado por lo demás graves problemas, en parte no solucionados, en cuanto a su elaboración, su difusión, su uso y su accesibilidad para todos los enfermos, cualesquiera que sean el medio social o el país al que pertenecen. La preparación y fabricación de los medicamentos es cada vez más compleja y más costosa, y esto tiene consecuencias sociales y económicas evidentes. Los medicamentos pueden estimular, o al contrario reprimir, las funciones de diversos órganos o tejidos, o incluso la actividad mental. Estas características lo hacen útiles para acrecentar la resistencia a ciertas enfermedades o para frenar el desarrollo de otras. Es verdad que nos podemos interrogar a veces sobre la oportunidad para el equilibrio del organismo humano de un consumo excesivo de estos productos artificiales, en ciertos países y según la tendencia de algunos usuarios. Pero sobre todo, hay medicamentos que pueden ser empleados con una finalidad no ya terapéutica, sino para alterar las leyes de la naturaleza o en detrimento de la dignidad de la persona humana. Está claro, pues, que la elaboración, la distribución y el uso de los medicamentos deben estar sometidos a un código moral particularmente riguroso. Respetarlo es el único medio de evitar que las exigencias ligadas a la producción y al costo de las medicinas en sí legítimas e importantes para su difusión, no desvíen el uso de las mismas de su propio sentido y de su fin.

Respetar la salud y la vida

4. Durante las reuniones de este Congreso, dedicáis también vuestras atenciones al problema de la experimentación de las medicinas. En el estado actual de los conocimientos científicos, no es posible prever con una precisión suficiente las propiedades y las características de los nuevos medicamentos. Así, pues, antes de su utilización en terapia deben ser experimentados en animales de laboratorio. Dirigiéndome a los participantes en la Semana de Estudios sobre la experimentación biológica, que se desarrolló en 1982 en la Pontificia Academia de las Ciencias, ya había subrayado que esta experimentación es delicada y que debe efectuarse con respeto al animal, sin infligirle inútiles sufrimientos. En un segundo estadio, antes de poder utilizarse normalmente, es necesario que los medicamentos sean experimentados en el hombre, en el enfermo y alguna vez también en la persona de buena salud. La experimentación clínica está ciertamente sometida a leyes y normas severas que la regula y quieren ofrecer todas las garantías posibles. Llegará un día en que, gracias al progreso de los conocimientos científicos, los riesgos y los desconocimientos en materia de experimentación de medicamentos quedarán notablemente reducidos, al menos se puede esperar así; pero, de todos modos, una gran prudencia resulta necesaria para no hacer nunca del hombre un objeto de experimentación, para evitar a toda costa poner en peligro su vida, su equilibrio, su salud, o agravar su mal.

Facilitar el acceso a la asistencia sanitaria

5. Es urgente, al mismo tiempo, promover una real colaboración internacional, no sólo en el plano normativo, sino también con el fin de reducir y de eliminar las diferencias que existen de un país a otro.

Entre los problemas planteados y todavía hoy sin solución, quisiera mencionar los que se refieren a la situación de ciertos países en vías de desarrollo. Mientras que el acceso a la asistencia sanitaria es reconocido como un derecho fundamental del hombre, grande sectores de la humanidad están aún privados de las atenciones médicas, incluso de las más elementales. Es éste un problema de tal envergadura que los esfuerzos individuales—por muy preciosos e irremplazables que sean—resultan insuficientes. En el momento actual es necesario en absoluto tratar de trabajar juntos, coordinar a nivel internacional la política de intervención y, por lo tanto, las iniciativas concretas.

Sabemos cómo se dedica a ello la Organización mundial de la Salud, así como otras asociaciones e iniciativas que manifiestan una solidaridad sin fronteras.

Los países desarrollados tienen el deber de poner a disposición de los que están menos desarrollados su experiencia, su tecnología y una parte de sus riquezas económicas. Pero eso sólo puede hacerse respetando la dignidad humana de los demás, sin querer jamás imponerse. La protección de la salud está estrechamente unida a los diferentes aspectos de la vida: tanto de los sociales y económicos, como de los que tienen relación con el ambiente y con la cultura. Requiere por eso mismo un acercamiento prudente y responsable, en una colaboración abierta y recíproca. Porque sucede frecuentemente que las tradiciones locales ofrecen puntos de apoyo preciosos que es bueno tener en cuenta y valorar. Los cristianos comprenden que hay allí un terreno capital de ayuda fraterna, de servicio humilde y respetuoso.

Utilizar todos los recursos disponibles para curar a los enfermos

6. En este contexto, no podemos olvidar que hay aún medicinas que por razones casi únicamente comerciales, no son seriamente tomadas en cuenta y no benefician investigaciones y progresos científicos. Pero son necesarias no sólo para el tratamiento de algunas enfermedades raras, sino también para aquellas que, sobre todo en las zonas tropicales y pobres, afectan a millones de personas. A este respecto, es necesario, en primer lugar, discernir los objetivos cómo podrían ser superadas las barreras y su orden de prioridad, después ver barreras económicas y políticas que impiden la investigación, la elaboración y la producción de esas medicinas.

Seguir la doctrina de Jesús y comportarse como el samaritano del Evangelio

7. A todos los que trabajan en los servicios de la sanidad y que deben afrontar estos problemas difíciles y complejos, quisiera animarles de nuevo ahora de parte de la Iglesia. La doctrina cristiana, efectivamente, aporta en estos campos —estoy convencido de ello— una contribución muy importante. Ofrece principios seguros para orientar hacia soluciones que garanticen la dignidad de la persona, mantengan su progreso moral y social, desarrollen la solidaridad y, en este sentido, dicha doctrina da luz y esperanza a los que tienen dudas, problemas angustiosos o se sienten desanimados ante la penosa situación de los enfermos y débiles.

Por un lado, la Iglesia comparte con los enfermos su deseo de curación, de alivio y su esperanza de una plenitud de vida. Respeta también el misterio de su sufrimiento y les invita, sobre todo si tienen fe, a situar su prueba en el plan de Dios, en el plan de la redención, en unión con Cristo Salvador, que ofrece una ocasión de elevación espiritual y de ofrenda en el amor, por la salvación del mundo. Es un misterio del

que pueden beneficiarse también los que cuidan a los que sufren. A menudo tengo ocasión de hablar de ello con los enfermos.

Por otro lado, este mundo inmenso de la enfermedad es al mismo tiempo un reto ofrecido a vuestras capacidades de médicos, de farmacéuticos, de hombres de ciencia, para que sepáis encontrar una solución científica y humana al problema de la salud, bajo todos sus aspectos. Visitando recientemente a los enfermos y a los que les prodigan los cuidados en la iglesia primada de San Juan, en Lión (5 de octubre de 1986), animé en este sentido a la investigación científica y felicité a todos los que cooperan con Dios en defensa de la vida de sus hermanas y hermanos, como el buen samaritano del Evangelio. Sí, no sólo la Iglesia ha estimulado constantemente, en el espíritu de la enseñanza de Jesús, la creación de obras de misericordia para los enfermos, sino que ella tiende a favorecer el progreso técnico, la ampliación de los conocimientos, su sabio empleo al servicio del hombre. Lejos de pararse en las legítimas expectativas del mundo contemporáneo, el cristianismo las valora, y contribuye a darles una respuesta.

¡Que esta certeza os acompañe siempre y refuerce vuestro compromiso, cualquiera que sea el nivel de vuestra actividad en los servicios a la salud! Dios es quien nos ha dado la inteligencia y el corazón para descubrir mejor y practicar lo que sostiene y desarrolla la vida del organismo humano, expresión de la persona: ¡Que El os ayude en vuestra investigación, en vuestro servicio profesional, y colme de sus bendiciones a vuestras personas, vuestras familias y a vuestros seres queridos!

Publicado en *Dolentium Hominum* n. 4 (1987)